

Dos grandes montañas en la vida de Jesús... y la nuestra

Mateo 5:1-4, Juan 19:16-18

David C. Dixon

Introducción: Puesto que Susie y yo todavía damos clases en nuestro seminario Bautista de Alcobendas, estamos muy orientados al año académico, y comenzar un nuevo año escolar me parece como el desafío de escalar una gran montaña. Susie siempre solía decir que septiembre “es como empujar un elefante cuesta arriba” –cuando intentamos empezar los ministerios de otoño después de las vacaciones de verano. Pero luego siempre añadía que lo que hay que hacer es “¡ponerle patines a ese elefante!” –¡que significa oración!

¡**Dos grandes montañas** en la vida de Jesús nos servirán como paradigmas para las montañas de nuestra vida! Por supuesto, hay otra importante, el Monte de la Transfiguración, donde se reveló toda la gloria de Jesús a tres de sus discípulos; pero tendremos que dejarlo para escalar otro día.

1) La primera gran montaña se presenta en Mateo 5:1-2, el Monte de las Bienaventuranzas, también conocido como Monte Eremos. No es un monte particularmente alto, se eleva unos 200 metros sobre el lago de Galilea, pero todavía está 25 metros por debajo del nivel del mar. Está ubicado en la orilla noroeste del lago al lado de la población de Cafarnaúm. Viajé a esa zona el verano de 1976, y aunque fue un viaje muy especial, ¡solo estar allí en ese lugar donde Jesús predicó no tuvo el poder de transformarme! Ir a Tierra Santa puede ser una experiencia inspiradora, pero en realidad no hará de ti una nueva persona, ¡incluso si te bautizan en el Jordán!

Jesús empezó ese sermón hablando de la verdadera "bienaventuranza", y los ideales y estándares que estableció son tanto desafiantes como paradójicos, ¡empezando por esas bienaventuranzas! La palabra griega traducida como “bendito” es *makarios*, que también puede significar feliz o favorecido. ¿Qué solemos asociar con la felicidad? Principalmente, nuestro bienestar (físico), la búsqueda de nuestras cosas favoritas (materialismo) o pasatiempos favoritos (entretenimiento y diversión). ¿Y cómo usaban los antiguos griegos esta palabra? Para describir a sus dioses, holgazaneando en el Monte Olimpo disfrutando de los privilegios del poder divino, o a los ricos viviendo sus vidas lujosas relativamente libres de preocupaciones, o a los ganadores de eventos deportivos, y a los de una boda u otra celebración. Así pues, la mentalidad moderna todavía está en consonancia con la de

los griegos. Por eso la definición de Jesús nos choca, porque Él describe la felicidad en términos que contradicen nuestros sentimientos naturales: ¿Cómo es que los “pobres de espíritu” y los que lloran son los verdaderamente dichosos? ¿Cómo se puede describir a los humildes, los que tienen hambre y sed de justicia, los compasivos y de corazón limpio, como “dichosos” en este mundo? ¿Y a los que trabajan por la paz y los perseguidos por causa de la justicia? ¡Esto suena tan contradictorio que no lo entendemos! Pero la manera de hacer de Dios en este mundo no tiene que ver con el sentido común y la lógica humana. De hecho, como escribió Isaías hace siglos, Sus pensamientos no son los nuestros, ni nuestros caminos son los suyos (Is. 55:8). Así pues, en este sermón, Jesús no nos da una lista de lo que se debe y lo que no se debe hacer. ¡Nos dice cómo son las cosas realmente!

¡Jesús nos invita a **sintonizarnos con la realidad** en lugar de vivir en nuestro mundo imaginario de cuento de hadas! Específicamente, esta es la "realidad del Reino", que sigue la "lógica del Reino", diseñada para ayudarnos a vivir bajo el gobierno del Reino, ¡y esa es la única dicha verdadera! En realidad, el Sermón de la Montaña nos ofrece el retrato de un discípulo en crecimiento: serás sal y luz, sin necesidad de enfadarte con tu hermano o hermana; no desearás, codiciarás ni envidiarás, sino que pondrás la otra mejilla e irás más allá todavía; amarás a tus enemigos y bendecirás a los que te maldigan; de esa manera eres simplemente "perfecto" (lo que no significa "cumplidor de reglas impecablemente limpio", sino ¡relacionado correctamente!); no practicarás tu religión solo para ser visto por los demás, sino que acumularás tesoros en el cielo; no te inquietarás ni te preocuparás, sino que buscarás primero el reino; en lugar de juzgar a los demás, serás generoso; ¡entra por la puerta estrecha, sigue el camino angosto y pon todo esto en práctica! ¡Uf! Me siento muy atraído por estos altos ideales, pero me dejan exhausto y temblando, ¡no hay forma de que pueda estar a su altura! Este alto código ético del Evangelio es la “justicia que supera la de los fariseos” (Mt. 5:20), porque la justicia bíblica no tiene nada que ver con la observancia farisaica de las reglas y el legalismo; ¡se trata de estar relacionado correctamente en todas las esferas de la vida! Incluso la ley en el pensamiento bíblico es **no legalista** (cumplir las reglas) en su enfoque de la moralidad; más bien, nos enseña **cómo es el amor**, el amor a Dios y al prójimo, ¡y nunca podré poner eso en práctica por mi cuenta! Tampoco puede la humanidad en general, como hemos demostrado a lo largo de los tiempos, como enseña la Biblia con gran claridad. Creemos que nuestro problema con el pecado es solo un pequeño fallo en nuestro registro, un simple error por nuestra parte, y que nuestro autoengaño es simplemente un error de cálculo, ¡cuando en realidad somos un **desastre total**! ¿Quién de nosotros ha amado a Dios con todo su ser aunque sea un solo día de su vida? ¡Y ese es el mandamiento principal! Si no amamos a Dios plenamente, tampoco podremos amar correctamente a nuestro prójimo. ¡Jesús fue el único que lo hizo, y por eso Él es nuestro Héroe, nuestro Campeón, nuestro Redentor y nuestro Rey!

Entonces, aunque no hayamos hecho un estudio exegético de este Sermón de la Montaña, –y ciertamente hay mucho más que decir sobre los detalles– tenemos buena idea de lo que se trata. ¡Es una montaña mucho más grande que el Monte Eremos donde Jesús estaba predicando! Pero para experimentar el poder de poner todo esto en práctica, tendremos que seguir a Jesús ahora por otra montaña.

2) La última gran montaña en la vida de Jesús fue el Calvario, aunque los Evangelios en realidad lo identifican simplemente como un “lugar” (Jn. 19:16-18). Pero la tradición cristiana ha descrito este lugar como una colina o monte desde al menos el siglo VI. Por lo tanto, a

menudo se refieren a él como el Monte Calvario en los himnos y literatura en inglés. “Gólgota” viene del arameo para “cráneo”; en griego es “*kraníou tórou*”, y en latín es *Calvaria* (que proviene de *calvus*, “cabeza calva” o “cráneo”). Entonces, en efecto, el monte de la Calavera era el lugar de la crucifixión de Jesús en las afueras de Jerusalén. En esa misma visita que realicé a Tierra Santa en 1976, pude visitar dos sitios asociados a este hecho histórico, aunque hay controversia sobre dónde ocurrió realmente: la Iglesia del Santo Sepulcro y la Tumba del Jardín. Fui a ambos sitios y ninguno me transformó, ¡porque no tienes que ir a Tierra Santa para tener un encuentro con el Salvador resucitado! ¡Pero tienes que pasar tiempo meditando en lo que Él hizo en el Calvario si quieres experimentar la transformación que Él ofrece!

Aparece en los cuatro Evangelios (Mt. 27:33, Mc. 15:22, Lc. 23:33, Jn. 19:17), y lo que observamos allí es como Jesús siguió **poniendo en práctica todo lo que decía en el primer monte**, en el grado máximo y en las circunstancias más difíciles imaginables. Piensa conmigo en cómo respondió a ese terrible tormento: ¿Puso la otra mejilla? ¿Fue sal y luz? ¿Fue más allá todavía? ¿Amó a sus enemigos? (“Padre, perdónalos...”) ¿Bendijo a los que le maldecían? (¡Convirtió toda la maldición de la cruz en la mayor bendición de todas!) ¿Siguió buscando primero el Reino? De hecho, estaba encarnando el Reino que había anunciado; allí, en esa cruz, **el gobierno de Dios estaba llegando a su máxima expresión humana**, bajo una inconmensurable presión, ¡y estaba triunfando! Él encarnaba el perdón y la misericordia de Dios, el rescate y la victoria de Dios, el amor, la gracia, la compasión de Dios, ¡su mismo corazón!

Pero, ¿qué sentido tenía esto? ¿Había algo de lógica en ello? ¡¿Que Dios sufriera tan horrible humillación y tortura por parte de sus propias criaturas?! ¡¿Que el Rey del universo fuera tratado como basura?! ¡¿Que la autoridad de Dios fuera tan pisoteada por rebeldes y ladrones?! Sin embargo, el Dios de toda carne aceptaba este desprecio e injusticia de manos de los pecadores, en lugar de darnos lo que merecíamos, ¡y al hacerlo nos proporcionaba nuestra salvación! Mientras era cruelmente torturado por sus criaturas, ¡Él estaba haciendo del perdón divino una realidad humana disponible para nosotros! Mientras se burlaban de Él y le ridiculizaban, tal como trataban a los esclavos y delincuentes comunes, Él siguió comportándose como un rey, **haciendo del reino celestial una realidad terrenal**, accesible en Su nombre, gobernando sobre todo ese horrible abuso e intimidación con misericordia, compasión y ¡verdad! E incluso en Su humillación, Él estaba siendo “levantado” en esa cruz – el mismo verbo en griego significa “exaltado” (tal como había orado antes de la crucifixión), porque Él estaba haciendo resplandecer la gloria eterna de Dios mismo en la historia humana como nunca antes.

Así pues, el sermón que Jesús predicó en el Calvario fue mucho más grande que la montaña misma. La cruz puede ser una tontería para el mundo, pero la realidad del Reino que Jesús mostró con Su misma sangre vital, la lógica del Reino, el gobierno del Reino, ¡es la única dicha verdadera! Así pues, vemos la conexión entre las dos montañas, paradigmas para nosotros en la comprensión de la vida cristiana: la primera explica la verdadera felicidad, dibujando un estilo de vida de relaciones que anhelamos, pero que somos incapaces de lograr hasta que subimos a esa segunda montaña, donde vemos la verdadera bienaventuranza ejemplificada. En el Calvario comprendemos los terribles efectos de la “vida autosuficiente” –¡visiblemente mostrada en la cruz y en lo que Jesús tuvo que soportar de nuestra parte! –y luego contemplamos de cerca Su respuesta llena de amor a nuestro miserable fracaso, y después Su magnífico triunfo sobre la muerte y todos los demás

enemigos (resurrección). Así pues, estamos llamados a tomar ese mismo perdón y recibirlo en el nombre de Jesús y practicarlo en nuestras vidas; a tomar ese mismo reino y recibirlo en el nombre de Jesús y dejar que nos gobierne diariamente; a tomar esa misma gloria y recibirla en el nombre de Jesús (ese es su Espíritu Santo), y a compartir esa gracia con todos los que Dios ponga en nuestro camino...

Conclusión: Ante las montañas a las que tienes que enfrentarte este otoño, no olvides que el Monte de la Calavera (Calvario) tiene que ser la montaña donde te encuentras con Jesús a diario, porque ahí aprendes a tomar tu cruz y ser crucificado con Él, muriendo a ti mismo como Él lo hizo; aquí es donde te renuevas, conoces Su gracia, afirmas Su presencia contigo. Luego Él te toma de la mano y te lleva a tus otras montañas, ordenando todas tus relaciones según las prioridades del Reino. Amén.